

**Solo los ingenuos, los necios
y los malvados pueden hacer
pasar por historia una fabulación
ideológica.**



**Eliseo Ferrer sobre su nuevo libro:
El Mito Cristiano, Según los Textos.**

HACER HISTORIA CON PRETENSIONES
CIENTIFICAS SOBRE EL TERRENO DE
UNA FABULACION IDEOLOGICA ES UN FRAUDE
Y UNA TAREA PROPIA DE INGENUOS
O DE DEMENTES

Este es un resumen para Academia.edu de una larga entrevista realizada a Eliseo Ferrer el día 17 de julio de 2025 sobre su libro “El Mito Cristiano, Según los textos”. La entrevista completa, según lo planificado, se publicará en varios medios, digitales y escritos, a finales del presente mes de julio o principios del mes de agosto.

—¿Este nuevo libro, que apareció a principios de este año 2025, “El Mito Cristiano, Según los Textos” es una continuación de su obra de 2021, “Sacrificio y Drama del Rey Sagrado” o es un libro independiente?

—Es una continuación de mis trabajos de investigación, por supuesto; pero no explícitamente una continuación de ese libro de 2021. Aunque he de decir que ha habido muchos lectores hispanoamericanos que lo han interpretado así. Incluso, un lector muy fiel de los Estados Unidos me dijo que se alegraba del “cierre de la trilogía con esta obra”. Claro, este lector incluía aquí un trabajo que él leyó el año pasado, —“Sacrificios Humanos...”,—, próximo al redentorismo eclesiástico—, y le pareció oportuno incluirlo como un intermedio entre “Sacrificio y Drama del Rey Sagrado” y “El Mito Cristiano”. Pero no... Yo no considero que el libro de este año sea una continuación de SDRS, de 2021, y menos aún de “Sacrificios Humanos”. Aborda un mismo y extenso campo de investigación:

pero son libros diferentes.

—¿Cuales son esas diferencias, Eliseo?

—“Sacrificios humanos...”, de 2023, fue un trabajo sobre cierta ritualidad primitiva, de carácter puramente antropológico. En SDRS, por su parte, llevé a cabo un desarrollo de los orígenes mitológicos cristianos a través de una larga perspectiva de diez milenios. Fue un trabajo de carácter antropológico, cierto, basado en planteamientos dialécticos, sobre el mito de la muerte y la resurrección del hijo de la diosa neolítica o del dios antiguo; que, en última instancia, me exigía y me llevaba de manera obligada a un planteamiento interdisciplinar, que incluía la historia antigua y la historia precristiana, así como el estudio de ciertos textos de la mística del helenismo. Es decir, fue un trabajo muy amplio y de muchas páginas, que partía del mito neolítico de la muerte y resurrección de un ser divino, y concluía con la muerte y resurrección del Jesucristo judío creado por la Iglesia.

—¿Y el nuevo libro, “El Mito Cris-

tiano, Según los Textos?

—Ahora, en este nuevo libro voy al grano de los orígenes míticos cristianos y sin rodeos; por lo que la perspectiva es muy diferente de SDRS.

Abordo la raíz y la esencia del mito

En ese oscuro contexto del cristianismo primitivo, la heterogeneidad y la diferencia es la norma; hablo de la multilateralidad y multiplicidad de corrientes, de las que debe partir cualquier investigación seria que pretenda convertir ese caos en una estructura de sentido.

cristiano desde una perspectiva analítica, aunque no radicalmente formalista, puesto que someto la analítica del mito, o mitos, como prefiera, a la línea temporal evolutiva que transcurre entre las guerras judías de los Macabeos —dos décadas antes de la caída de Cartago— y la teología de Ireneo de Lyon plasmada en su *Adversus Haereses* —los años comprendidos entre los emperadores Cómodo y Septimio Severo, entre 180 y 200. En SDRS había un planteamiento interdisciplinar que partía de bases antropológicas para continuar con la historia antigua y helenística, y el estudio de los primeros textos cristianos. En “El Mito cristiano”, sin embargo, he prescindido de la historia en favor de la primacía de los textos, ordenados cronológicamente, porque entiendo que el protocristianismo, desde el punto de vista de la historia, no es más que una burbuja de

vacío que no conduce sino a una vía muerta. Presento, eso sí, una base interdisciplinar representada por la antropología, más concretamente por la mitología, y, por supuesto, por la historia de las ideas, por la crítica textual y por la crítica literaria.

—¿No hay, en consecuencia, historia del naciente cristianismo en sentido que nos han enseñado en la escuela y en la universidad?

—No... Por supuesto que no. Y esto por una sencilla razón. Porque hacer historia con pretensiones científicas de una fabulación ideológica es un fraude y una tarea propia de ingenuos o de dementes. Ese inútil ejercicio, como digo, conduce a una vía muerta que no nos lleva a ningún sitio. Es algo parecido a lo que ocurre con eso que llaman por ahí «el Jesús histórico», que yo considero una absurda proposición, carente de fundamento alguno, y que no nos conduce a ninguna parte, veritativamente hablando. Otro asunto, claro, es la fe de la gente devota, que yo respeto, las creencias y supersticiones transmitidas en el seno del clan familiar y todas esas subjetividades entrelazadas con los lazos tribales de los afectos y la sangre.

—Eliseo, si le parece me gustaría dejar esto del «Jesús histórico» para el final, como hemos convenido, ya que antes creo que debemos hablar de otras muchas cosas, más serias e importantes.

—Perfecto, Celia, pero tenga en cuenta

que “la historia de los orígenes del cristianismo” en mi libro es un punto de llegada. Se trata de algo así modo el final de un viaje, y nunca un punto de partida basado en prejuicios e ideas preconcebidas.

—Sin embargo, todos los estudios profanos y no confesionales sobre la materia, no eclesiásticos, en suma, se presentan siempre como investigaciones históricas.

—Sí, en efecto, así es... Y quizás por eso han avanzado tan poco los estudios sobre los orígenes cristianos. Y no es que no hayan avanzado; es que yo encuentro en la segunda mitad del siglo veinte un considerable retroceso frente a las investigaciones anteriores de los grandes sabios de finales del diecinueve y de la primera mitad del veinte. Los Loisy, los Bousset, los Bultmann... Por fortuna, en este siglo parece que las cosas están cambiando... Y yo creo que me explico con claridad. Le repito, para que usted y sus lectores lo entiendan perfectamente, que difícilmente se pueda hacer Historia, con mayúscula, con los materiales de la fábula apostólica creada por la iglesia a finales del siglo segundo. Todos esos trabajos pretendidamente históricos y que no pasan de ser refritos de otros trabajos, basados en lo que yo llamo la autorreferencialidad textual eclesiástica, en rigor y desde una metodología medianamente aceptable,

conducen invariablemente a un callejón oscuro y sin salida alguna. Y ojo, mucho cuidado también con el otro extremo, porque, por contra, no podemos abandonar los prejuicios axiomáticos de las iglesias para sustituirlos por los prejuicios del ateísmo militante. La historia de los orígenes cristianos debe ser un fin de viaje y nunca un punto de partida.

—Usted se ha declarado ateo en innumerables ocasiones.

—Sí, es cierto, pero no me considero un ateo militante. Mi ateísmo es más bien del orden “esencial” o “esencialista”, en la línea del Materialismo Filosófico de la Escuela de Oviedo, creada por Gustavo Bueno.

—Subrayo y reitero, para que anoten nuestros lectores: antropología-mitología, crítica literaria y crítica textual. He aquí las disciplinas sobre las que trabaja “El Mito Cristiano”. Y los textos precristianos y cristianos, por supuesto, como base de cualquier posible interpretación. ¿No es así?

—Correcto. Lo ha resumido usted perfectamente.

—Bueno, pues estamos en condiciones de emprender el viaje. Alejados de la historia, pero ubicados en esa “línea diacrónica” que establece usted entre los Macabeos e Ireneo de Lyon, cuéntenos cuáles son los puntos de partida de esta obra.

—En primer lugar, el mito, los mitos y

su evolución, junto a la historia de las ideas, y, principalmente, las interpretaciones religiosas del platonismo a lo largo de todo el período helenístico. En segundo lugar, la filosofía de Filón de Alejandría, y, finalmente, la primera teología apostólica, plasmada por Ireneo de Lyon. Todo ello concretado, claro está, a través de la estructura de sentido que nos ofrecen los textos. De tal manera que, una vez procesado todo esto, nos encontraremos con tres mitos fundacionales de los diferentes “cristianismos” originarios. El primero —por orden de aparición en los textos— y el más importante, es el que define la esencia y el genuino origen de esos cristianismos primitivos. Se trata del mito órfico platónico, de origen helenístico y procedencia griega, de la encarnación de la divinidad en el alma humana. Un asunto este de la encarnación divina en el alma que recoge de forma explícita la teología de Filón de Alejandría. Luego, sorprendentemente, encontramos un mito que se encuentra en las antípodas ideológicas del anterior: el mito de la presencia en el mundo del juez-salvador, de procedencia también helenística y origen persa. Y finalmente, en las cartas paulinas encontramos, junto a la fusión de los dos anteriores, el mito de la muerte y la resurrección de la divinidad, de procedencia helenística también y de origen ubicuo; y que yo desarrollé en “Sacrificio y Drama del rey Sagrado”. He aquí, por seguir usando su metá-

fora, la auténtica guía de nuestro viaje.

—Me ha sorprendido usted con su propuesta, la verdad... Viendo la portada y el título del libro, todos pensamos que se refería a la falsedad o irrealidad del cristianismo; que aludía a esa “fabulación eclesiástica” de la que habla.

—No, nada de eso... El cristianismo fue y es algo muy verídico y muy real, históricamente evidente y constatable. Algo que aparece ahí de frente, con una fuerza presencial palmaria, que nadie puede negar. Y lo mismo ocurre con la figura de Jesucristo. Esto es algo de lo que nadie puede dudar, ya que el papel de uno y otro en la historia medieval y moderna de Occidente ha sido esencial, omniabarcante y fundamental. Tenga en cuenta que si Dioniso Zagreo prefiguró el destino espiritual y la antropología de la Hélade; si Buda determinó el destino del lejano Oriente, Jesucristo prefiguró el porvenir de toda la cultura occidental sin ninguna otra figura que le hiciera competencia, ni siquiera el Padre.

—¿Entonces, cómo entender la palabra “mito” que antecede al término “cristiano” en el título de su obra?

—Esto es algo muy importante y me parece muy oportuno que usted incida e insista en ello, de cara a que los potenciales lectores sepan a qué me refiero cuando hablo de “mito cristiano”. Y esto lo explico con claridad en la introducción... Me refiero a la visión que la antropología, desde Tylor y Mali-

nowski, tiene de los mitos y la mitología. Una perspectiva que no se refiere a la falso o irreal, que, para no confundir, yo llamo “fábula”, “fabulación” o “leyenda”. El sentido del mito al que yo me refiero es el sentido propio de la antropología y de la mitología como ciencia. Es decir, una narración o discurso oral o escrito que, en su lectura literal, aparenta ser una mera ficción, pero que en una lectura más profunda expresa proposiciones determinantes y verdaderas. Es decir, se trata de un discurso prelógico, pero muy posterior al pensamiento mágico, que conduce, en el mundo antiguo, a una fundamentación de la realidad y que, en muchas ocasiones, se convierte en base del comportamiento societario. Son historietas aparentemente intrascendentes y ficticias con un guion intemporal protagonizado por héroes, dioses o semidioses, cuentos para niños y viejas que, sin embargo, expresan “verdades” muy profundas. En este sentido, y respondiendo a su pregunta “el mito cristiano” es el mito de Dioniso Zagreo de la religión de Orfeo, cuya historietita infantil de sus peripecias con los Titanes expresaba la profundidad del dualismo antropológico griego; el alma y el cuerpo como entidades separadas, y la encarnación del propio Niño Dios en el alma humana.

—¿Y esto, según usted, resume la complejidad de los orígenes cristianos?

—No, por supuesto... Es un primer

paso, puesto que es todo mucho más complicado y enrevesado... Junto a este pensamiento religioso del orfismo tardío, del que participaron hebreos helenizados de Samaria, judíos helenistas de la Decápolis y Alejandría, y griegos de Antioquía, Alejandría, Éfeso, etc. —y que dio lugar a la primitiva gnosis cristiana, de carácter individual y protagonizada por Josué-Jesús—, se desarrolló, dentro de la literatura apócrifa intertestamentaria de ciertos judíos helenizados, eso que podemos resumir como la ideología, la mitología y la literatura apocalíptica. En esos textos apocalípticos de judíos helenizados, y al estilo de los cánones persas difundidos por todo el Medio Oriente tras las conquistas de Alejandro, el Juez-Salvador —el Hijo del Hombre identificado generalmente con el Ungido celestial, Cristo— descendía a la tierra para juzgar y salvar al colectivo de los justos, los elegidos o los benditos.

Pero hay que tener en cuenta que uno y otro fueron dos movimientos independientes, separados y radicalmente diferentes, que, contra natura, aparecieron amalgamados y fundidos en las cartas paulinas. En ellas, el Josué-Jesús de la gnosis cristiana primitiva y el Cristo de los apócrifos apocalípticos intertestamentarios se convirtieron en la exclusiva figura de Jesús-Cristo —o Cristo-Jesús—, definido su poder soteriológico a través del mito místico de la muerte y la resurrección de la divini-

dad; una alegoría de la revelación del Salvador en la conciencia subjetiva de los elegidos. Es decir, lo que encontramos en las cartas paulinas es una síntesis mística que confirma el doble origen de sus antecedentes textuales e

A excepción de una gnosis samaritana, siria y alejandrina, “la primera de las herejías”, según Ireneo; y a pesar de la evidente presencia de una mística apocalíptica, no hubo nada más en el siglo primero, si exceptuamos el proceso de formación de las cartas paulinas.

ideológicos, pero que ofrece un inexplicable y extraño sentido a su fusión — por el carácter contrapuesto de estos dos mitos, a los que añadió un tercero—, que yo solo puedo entender en términos de sociología de poder, o motivados quizás por una ideología ajena al misticismo resultante de la fusión: ¿La restauración del primitivo Israel, como dicen por ahí?... Vaya usted a saber, Celia.

—Bueno, Eliseo, ha llegado el momento de que nos diga, cuáles son esos textos anteriores a las cartas paulinas que usted maneja. Creo que este es uno de los aspectos más importantes de su libro.

—Me parece muy oportuno que me haya preguntado por los textos antes de profundizar en ese mito tricéfalo, o en los tres mitos, que desarrollo. Si de los textos deducimos las ideologías contenidas en ellos y los mitos que

transmiten, tendremos mucho terreno ganado. Ello nos prevendrá frente al riesgo de una excesiva formalización de las ideas. Si bien, no he de dejar de comentar que lo que encontramos es un caos muy difícil de formalizar, al que solo le encontramos un sentido evidente a través de la sorprendente fusión llevada a cabo en las cartas paulinas. Y voy a ello... Pero si le parece oportuno, y para aliviar el trabajo de quien le transcriba la grabación, puedo ofrecerle una “chuleta” con un resumen detallado de la clasificación de los textos, que, aunque ciertamente no son muchos, hay que referenciar y ordenar con un variado etiquetado.

—Me parece perfecto. Puedo colocar ese texto al final de la entrevista, para que el lector pueda profundizar en el asunto, y gráficamente quede todo más ordenado. Al mismo tiempo, será de más fácil lectura.

—Pues, si le parece bien, aquí únicamente le expongo un esquemático y breve resumen, para señalar que los textos de la primitiva gnosis cristiana, en la que no hay muerte ni resurrección del Revelador, aparecen dominados por la figura de Josué-Jesús. Y, de manera muy diferente, los textos apócrifos de la apocalíptica intertestamentaria, en los que tampoco hay muerte ni resurrección, aparecen hegemonizados por la figura del Ungido celestial, Cristo.

Entre los textos de la primitiva gnosis

cristiana yo encuentro el *Evangelio de Tomas*, el primitivo texto samaritano del *Evangelio de Juan*, el primitivo texto del canto segundo de *Filipenses*, las *Odas de Salomón* y el primitivo texto de la *Epístola a Diogneto*; con la salvedad de que, en estos dos últimos textos, aparecen variantes evidentes. En las *Odas*, escrita por judíos muy helenizados, no aparece Jesús, sino Cristo. Y en *Diogneto*, de carácter alejandrino, no aparecen los referentes de Jesús ni de Cristo. El agente de salvación aquí es el Hijo, presentado a modo de Logos.

Por otro lado, entre los textos de la apocalíptica intertestamentaria yo incluyo *1 Henoc*, *4 Esdras*, *2 Baruc*, y *Salmos de Salomón*, entre otros muchos.

—Lo cierto es que aquel rechazo de “la fábula apostólica” y del “punto cero del cristianismo”, del que usted habló en *Sacrificio y Drama del rey Sagrado*, se hace evidente con todo lo que está contando...

—Celia, produce vértigo sumergirse en la noche negra de los orígenes cristianos. En ese oscuro contexto, la heterogeneidad y la diferencia es la norma; hablo de la multilateralidad y multiplicidad, de las que debe partir cualquier investigación seria que pretenda convertir ese caos en una estructura de sentido. Y todo ello puede descubrirse y abordarse no solo desde el esquema antropológico-textual que yo he apli-

cado. Ese caos, a excepción de la historia, está abierto a infinidad de expectativas y propuestas... Multiperspectiva mitológica, ideológica, textual, soteriológica; incluso multiperspectiva sociológica, que sería aquella que, más allá de los contextos culturales, encontraría diferentes cristianismos adscritos a grupos sociales diferentes, incluso, como tantas veces se ha dicho, a diferentes ciudades.

—La verdad... A mí, sobre todo esto, hay algo no me queda del todo claro. Si a principios del siglo primero no hubo eso que usted llama “punto cero del cristianismo”, que es lo que cuenta la Iglesia en base a lo que cuentan los evangelios, ¿cuál fue entonces la palanca que activó la religión de los cristianos?

—A excepción de una gnosis samaritana, siria y alejandrina, “la primera de las herejías”, según Ireneo; y a pesar de la evidente presencia de una mística apocalíptica del judaísmo helenístico, no hubo nada más en el siglo primero, si exceptuamos el proceso de formación de las cartas paulinas. Hay que decirlo claro... No hubo cristianismo apostólico en el primer siglo y medio de nuestra era. Ni hubo tampoco ningún suceso histórico relevante, ni en Judea ni en la posterior Palestina. Toda esa literatura de *Hechos de los Apóstoles* forma parte de la construcción de la fábula del cristianismo apostólico, creado por la Iglesia a finales del siglo segundo. ¿Cómo nació el cristianismo

anterior a la Iglesia? —en caso de que podamos hablar de “Cristianismo” frente a los cristianismos de la época. ¿Cuál fue, en pocas palabras, el mecanismo que activo el resorte, que permitió criterios unificados intercristianos? Por los datos y materiales de que disponemos, hemos de responder a esas preguntas que fueron las cartas paulinas, a través de su largo y tortuoso proceso de redacción y edición, los elementos literarios que ofrecieron uniformidad con la fusión de las dos principales corrientes ideológicas de ese magma heterogéneo del siglo primero, la gnosis y la escatología apocalíptica. Pero observen usted y sus lectores que, de la misma forma que las cartas paulinas unificaron relativamente la heterogeneidad de los cristianismos primitivos, su compleja y antinatural fusión de elementos ideológicos, míticos y místicos propiciaron una nueva ruptura y continua disgregación entre otros muchos cristianismos, más elaborados, que a lo largo del siglo segundo se autoproclamaron seguidores de la figura de Pablo. No hay que olvidar que antes de que esta figura fuera etiquetada por los obispos de la Iglesia como “el apóstol de los gentiles”, había sido conocido como “el apóstol de la resurrección” y “el apóstol de los herejes”. Tertuliano de Cartago, sin ir más lejos, a principios del siglo tercero, seguía llamando a Pablo en su obra *Contra Marción* de esta misma forma: “el apóstol de los herejes”.

—Bueno, Eliseo, yo creo que con todo esto último que ha contado, estamos llegando al final de esta entrevista, donde se ha comprometido usted a hablar del “Jesús histórico”; más concretamente, por lo que vemos, de la inexistencia del “Jesús de la historia”...

—Como he comentado en el foro abierto en estos momentos en Academia.edu, en el que usted, por cierto, participa también, esa idealista y abstracta escolástica que separa el “Jesús de la historia” y el “Cristo de la fe” no es que, pasado el tiempo, haya dejado de interesarme; que, como he dicho, ha dejado de interesarme. Es mucho peor; es que me aburre soberanamente... Claro, comprenderá usted que mi aburrimiento no es un argumento ni muy científico ni muy convincente. Pero tenga en cuenta que, si me aburre soberanamente, es precisamente por sus falaces e ignaros argumentos. Se trata de una vía fallida desde su absurdo e infundado planteamiento, que no conduce a ninguna parte, por presentar un falso y desnoratado problema que atenta contra la más elemental metodología histórica y textual. Un problema sin sentido alguno, artificial y ficticiamente creado, atrapado en su propia circularidad hermenéutica y que pide a gritos “el principio”. Es decir, un barrunto sin pies ni cabeza, propio de gente de escasa formación, si he de ser claro. Un supersticioso prejuicio, en definitiva,

que impide que se desarrollen con normalidad las investigaciones sobre los orígenes cristianos.

¿Por qué separar el “Jesús de la Historia” del “Cristo de la fe” y no separar el “Jesús extraterrestre” (Libro de Urania) del “Cristo de la teología bíblica” o por qué no separar el “Jesús hinduista” del “Cristo apostólico y romano”? Son preguntas aparentemente absurdas, lo sé; pero que, desde la seriedad del humor, nos sitúan frente al espejo de la incoherencia y la perseverante y tozuda mendacidad de muchos de los académicos de nuestro tiempo. Esa separación nos lleva a una apoteósica petición de principio, que no aparece fundada en nada que no sea la ideología y los prejuicios de sedicentes investigadores anclados en —repito por enésima vez— la autorreferencialidad textual eclesiástica. En base a los textos, indudables y claros en sus manifestaciones, estaríamos autorizados, eso sí, a separar el Josué-Jesús de la gnosis cristiana primitiva del Cristo de la literatura apocalíptica del cristianismo primitivo. Pero nada más...

Todo lo demás son aviesos juegos de manos de tramposos tahúres o de indecentes magos que engañan al personal moviendo el sombrero, el conejo y el bastón.

Por lo demás, como he comentado en ese foro y usted habrá leído, yo estoy contribuyendo a una teoría del cristianismo en la que “el Jesús hombre” no aparece por ninguna parte. Lo que yo

encuentro es el Jesús-Cristo “dios y hombre verdadero” de Ireneo y el Jesús de la gnosis primitiva, frente al Ungido celestial de la literatura apocalíptica. Insisto y reitero... Puestos a separar al Jesús-Cristo más allá del grafismo del guion, y basado en la realidad indudable de los textos, yo distingo entre el Josué-Jesús de la gnosis cristiana primitiva (una figura espiritual) y el Cristo celestial, o Ungido de Dios, (otra figura espiritual) de la literatura apocalíptica de base helenística. Dos figuras amalgamadas en las cartas paulinas a través de la doble fórmula “Jesucristo”, y consagrada esa figura paulina, gnóstica y apocalíptica, en la teología de Ireneo con su “Dios y Hombre verdadero”.

—Muchas gracias. Como hemos convenido, elaboraremos un resumen previo de la entrevista para publicar en el foro de Academia.edu. Y a finales de julio o principios de agosto, editaremos y publicaremos la entrevista completa.

—Gracias a ustedes por su interés.

© **Celia J. Erdozain.**
Socióloga y profesora.

(Para Messidor Comunicación y Deepomatic Recordings).

Transcripción y edición: Mara Durán.